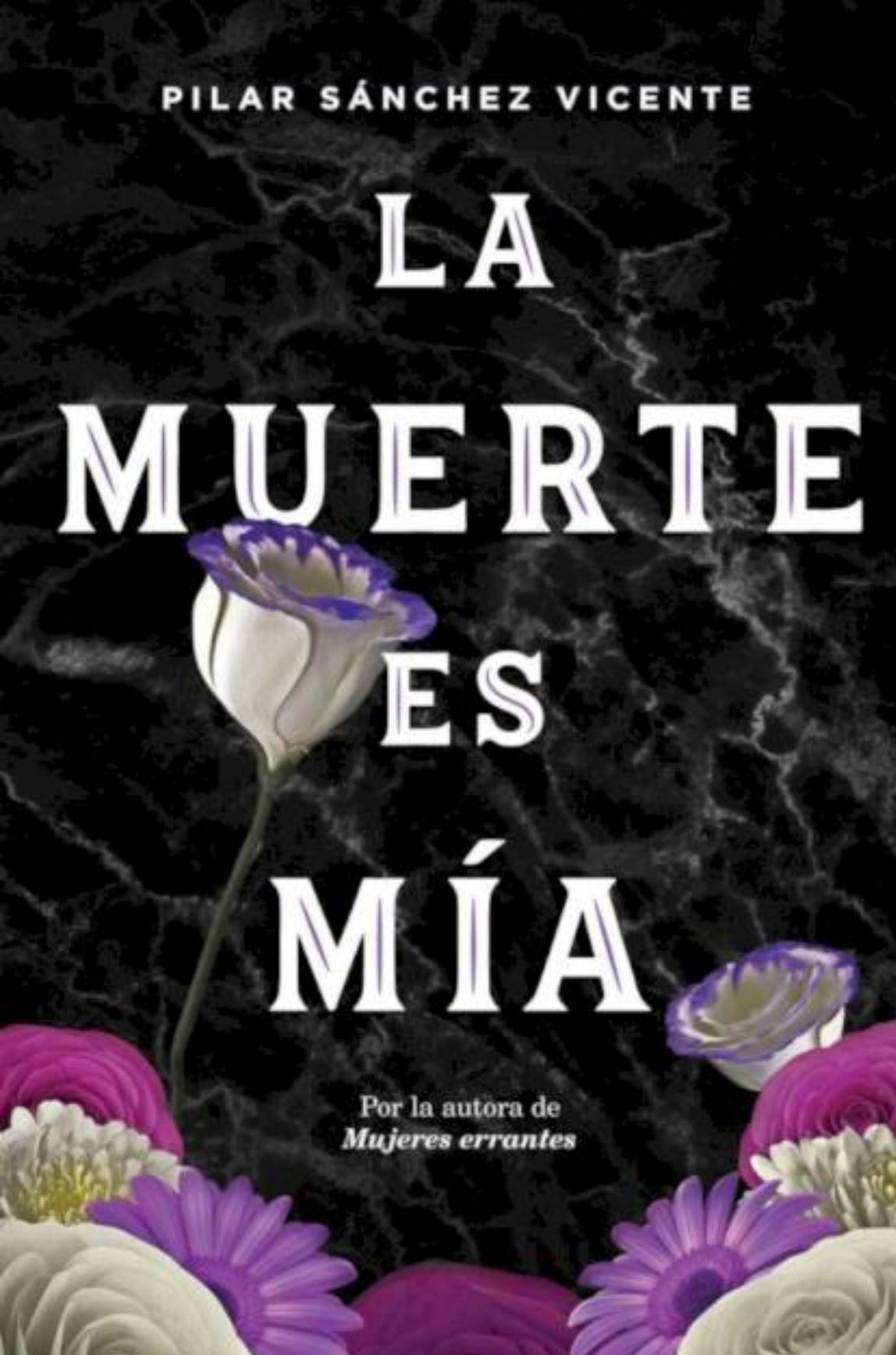


PILAR SÁNCHEZ VICENTE

LA
MUERTE
ES
MÍA



Por la autora de
Mujeres errantes

Memento Mori se constituye como una empresa puntera en servicios funerarios y construye sobre el antiguo tanatorio una pirámide que cambiará la faz de la ciudad. Todo en su interior está automatizado, en un alarde de modernidad sin límites.

Hasta que empiezan a suceder extrañas muertes...

Claudia ha sido la primera mujer tanatopractora del país y es una autoridad mundial en el ámbito funerario, aunque su profesión no le ha facilitado las relaciones personales. Firme defensora de la eutanasia, el hashtag #LaMuerteEsMía le servirá para orquestar una campaña de inesperadas consecuencias. Y lamentará que sus deseos se hayan hecho realidad...

Rita es una mujer espectacular acostumbrada a los retos, por eso, cuando le ofrecen la posibilidad de dirigir Memento Mori, se da cuenta de que tiene entre sus manos una oportunidad única para consolidar su posición estelar.

Jaime, el hijo del fiscal, un hombre que vive obsesionado con los trenes y el cosplay, es el director del nuevo tanatorio y cree que en él podrá llevar a cabo sus sueños secretos.

Índice de contenido

Cubierta

La muerte es mía

PREÁMBULO

CUANDO LA VIDA TE PONE A PRUEBA

LA MUERTE Y YO

EL TANATORIO DE LA VILLA

LA VIEJA GUARDIA

JUEZ Y PARTE

MEMENTO MORI

DINING ROOM

EL TANATORIO DE LA CORTE

LA BUENA MUERTE

LA FUENTE DEL DIABLO

CÁMARA OCULTA

EL DESEMBARCO

DE ANALFABETA DIGITAL A INFLUENCER

LA ESCRITORA DIGNA

INAUGURACIÓN DE POSTÍN
CORTESÍA Y CARÁCTER
EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO
VIEJAS Y NUEVAS CALABAZAS
... Y VIENE EL DIABLO Y SOPLA
LA FUNCIONARIA EFICIENTE
ANIVERSARIOS
¿UNA TRABAJADORA DESLEAL?
EL SÓTANO DE LOS SECRETOS
UNA VISITA SORPRENDENTE
LLAMADAS INTEMPESTIVAS
SOSPECHAS GENERALIZADAS
NOCHE LÚGUBRE
DEL TURISMO RURAL Y SUS SORPRESAS
EXPLICACIONES INSUFICIENTES
FLORES TRONCHADAS
MALA CONCIENCIA
ENCERRONA TELEVISADA
COINCIDENCIAS NOTABLES
LA FIESTA DE LA DEMOCRACIA

RUPTURAS

TIERRA QUEMADA

DISTOPÍA DELETÉREA

DESPEDIDA DE LA VIDA

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

ESTACIÓN TÉRMINO

ACOSO Y DERRIBO

CARPE DIEM

GENIO Y FIGURA

AGRADECIMIENTOS

Sobre la autora

El más terrible de los males, la muerte, nada es para nosotros, porque cuando nosotros somos, la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente, entonces ya no somos nosotros.

EPICURO

Mostradme la manera en que una nación se ocupa de sus muertos y yo os diré, con precisión matemática, cuán delicadas y compasivas son sus gentes.

WILLIAM GLADSTONE

Solo podemos ver un poco del futuro, pero lo suficiente para darnos cuenta de que hay mucho por hacer.

ALAN TURING

Esta historia transcurre en un no lugar de un país
reconocible.
Sus protagonistas son de ficción.

PREÁMBULO

Está escribiendo, más bien emborronando las hojas. Las lágrimas la ciegan a ratos, pero no quiere dejar nada en el tintero. Pase lo que pase, lo sabrán. Cómo fue engañada y, sobre todo, quién lo hizo. Su mano llena un folio y luego otro, tiene mucho que contar. Siente alivio cuando termina y no duda en el nombre que ha de poner en el sobre. Porque sabe quién lo va a encontrar. Y dónde.

Sus pasos la encaminan hacia el sótano, trémulos pero decididos. Tiene la extraña intuición de que alguien la observa, que la siguen, pero se da la vuelta varias veces y no ve a nadie. Cuando alcanza la puerta del almacén y la abre, el olor familiar a flor cortada la envuelve. Esa fragancia intensa, que siempre ha sido garantía de tranquilidad y refugio ante las adversidades, le proporciona seguridad.

Abre y cierra cajones rebuscando algo. Un chasquido la pone en alerta. Se asoma al pasillo, no ve movimiento alguno, está sola. En realidad, siempre lo ha estado... Se siente paranoica, ridícula, y vuelve a su tarea. Una sombra fugaz cruza a sus espaldas, descalza para no hacer ruido. El aire que desplaza ese movimiento le provoca un escalofrío. Pero esta vez ni se gira. Al fin, encuentra lo que busca.

En la cámara hace frío, no más del que tiene ella por dentro, y la luz de uno de los fluorescentes parpadea, se da cuenta cuando se sitúa a su altura. Toma nota de que hay que llamar a Mantenimiento. Respira hondo, alejando esa banalidad de su cabeza y ajustándose a lo práctico. Las co-

ronas funerarias despiden un penetrante aroma, pero casi ni lo nota. Tan concentrada está subida al taburete que no percibe su presencia hasta que asoma por la puerta.

La última persona que esperaba.

Al ver el sobre en su mano, entiende que todo está perdido, que no le resta ni el perdón de sus seres queridos. En un arrebato de lucidez, se da cuenta de que ha estado a punto de cometer una tontería. Pero, de pronto, desaparece el soporte bajo sus pies. Y grita, al sentir el vacío. Y llora, arrepentida. Y ruega, deseando vivir. Y le pide que la salve, o eso cree, pues solo emite sonidos guturales entre aspavientos. Quien tiene enfrente la mira sin inmutarse, no mueve un dedo, no dice nada.

Cuando se da cuenta de que no va a recibir ayuda, ya es demasiado tarde.

El zumbido intermitente del tubo estropeado recobra protagonismo cuando cesa su agonía. Sin embargo, el vaho producido por sus lamentos tarda en dispersarse, flota dentro del frigorífico hecho jirones. Cuando comprueba que se ha extinguido el último aliento, la sombra abandona el almacén de flores.

El espejo del ascensor refleja su cara sonriente.

CUANDO LA VIDA TE PONE A PRUEBA

*Tanatorio de la Villa
Se busca tanatopractor
Interesados enviar currículum
Ref.: don Olegario Marañón*

Era la segunda vez que me topaba con esa palabra: «tanatopractor».

Encontré ese cartel en la secretaría de la facultad de Medicina, donde hacía cola para solicitar un certificado de los años cursados. Colgaba de un tablón con una chincheta, entre anuncios de pisos, venta de apuntes y perros extraviados. Mi padre se había matado tres años atrás en un accidente laboral, y no había olvidado el excelente trato recibido en ese tanatorio, donde le efectuaron una magnífica reconstrucción del rostro. Fue entonces cuando descubrí que existía tal profesión.

Tanatopractora.

Sonaba fatal, pero estaba buscando trabajo desesperadamente y consideré aquel anuncio una premonición, así que lo arranqué sin que nadie me viera, terminé de realizar la gestión y me fui al Tanatorio de la Villa con el papel en la mano.

Mi padre estaba soldando a veinte metros de altura. Una viga lo golpeó, rompió el arnés y lo tiró del andamio.

Murió en el acto. Se lo llevaron al Instituto Anatómico Forense para practicarle la autopsia, y yo me encargué de reconocer el cadáver. Fui con Susi, mi novia por aquel entonces. Me temblaban hasta las piernas. A ella no la dejaron entrar, ni cuando argumenté que era el primer muerto que iba a ver en mi vida.

Estaba despedazado.

Hasta sus calcetines, unos ridículos de Snoopy que yo le había regalado hacía años para el Día del Padre y que no imaginaba que siguiera usando, estaban hechos trizas. Debajo de la funda mortuoria asomaba una de sus camisetas de los *All Blacks*. El cuerpo estaba relativamente entero, pero la cabeza se había convertido en un amasijo irreconocible de carne, sangre y hueso.

Me fijé en su diente de oro. «Es él», confirmé casi sin voz.

Rocé el tatuaje de su pecho, con el nombre de mi madre y el mío dentro de un corazón atravesado por una flecha. Se lo hizo al poco de nacer yo y, de pequeña, me encantaba sentarme en sus rodillas y contemplarlo. Al volver a tocar el dibujo con los dedos, me recorrió un calambrazo, los oídos empezaron a pitarme y se me nubló la vista.

Vi a papá sentado en el andamio, en lo alto, con los auriculares puestos, los pies colgando, tarareando *Strangers in the night*, mirando el horizonte más allá de los edificios, comiendo su bocadillo. Pude oler las sardinas en tomate, sentir el calor del sol y el crujir del pan entre sus dientes antes de oír las voces que le avisaban del peligro. La empresa nos dijo que, con el casco puesto y el ruido del soplete, no pudo oír los gritos de advertencia de sus compañeros.

Pero él estaba con la cabeza descubierta.

La visión duró apenas un par de segundos. Creí que me había desmayado, pero seguía de pie junto al forense, que me miraba impasible. Aquel episodio fue una maldita locura, porque no era un delirio ni una pesadilla, sino como si me desdoblara y habitara en dos dimensiones paralelas.

Había entrado en trance por primera vez y aún tardaría en aceptar que, por un incomprensible misterio, mi mente era capaz de establecer una conexión entre ambos mundos, pasado y presente.

Le pregunté a mi madre. El bocadillo de aquel día, efectivamente, era de sardinas en tomate, su favorito. En el funeral interrogué a sus compañeros. El más íntimo me confirmó que papá había infringido las normas de seguridad y la empresa no quería que se supiera. Incapaz de asimilar mi visión, no dije nada a nadie. ¿Cómo explicar que lo vi morir después de muerto?

Lo llevamos al Tanatorio de la Villa. Nos habían recomendado la incineración, pero mi madre quería a toda costa que fuera enterrado en el nicho familiar, donde ya estaban mis abuelos. Cuando subieron el féretro a la sala, se empeñó en ver el cuerpo. Toqué el timbre y apareció don Olegario, al que tomé por un simple empleado. Nos sacó por la puerta trasera y accedimos al cubículo donde estaba el catafalco. Corrí las cortinas para que nadie pudiera vernos temiendo que mi madre se desmayara.

«¿No lo quieres ver, Claudia?».

«No, mamá, ya tuve que pasar por ello. Y tú te quedarías mejor con el recuerdo...».

«Déjela que se despida, señorita, los duelos son menos sin remordimientos».

Estuve por mandarlo a la mierda, pensando en el impacto que mi madre se iba a llevar. Me mordí los labios y apreté los puños, anticipando su grito de horror. Para mi sorpresa, dejó escapar un lánguido suspiro:

«¡Qué guapo! Parece que esté vivo...».

Me giré como un rayo.

Los ojos estaban en su sitio, la nariz ocupaba su lugar en el centro de la cara y, algo increíble, parecía sonreír. Sin las gafas puestas y con el brillo del cristal que lo cubría, mi madre no se percató de las costuras ni del maquillaje que le daba aspecto de maniquí. Don Olegario sonreía sin mover

la vista del suelo, con las manos entrelazadas. La viva imagen de la modestia. Salí de allí más aturdida que de la morgue.

Regresé unos días después, para felicitarle.

«Mi madre es dueña de un salón de estética, sé distinguir un buen trabajo, y el suyo ha sido excepcional. Trasládele mi admiración y nuestra gratitud a quien corresponda».

Y ahora lo tenía otra vez delante.

—No sé si me recuerda...

—¡Cómo no, señorita! Pocas personas aprecian los esfuerzos que hacemos. ¿Viene por la oferta de trabajo? — Señaló el anuncio en mi mano.

—Exacto. Espero que no exijan una titulación específica...

—No existe como tal, por lo menos en nuestro país. Pero creo que se ha confundido: este es un trabajo para hombres.

—En el anuncio no especifica que sea para hombres o mujeres, sería anticonstitucional.

—¡Por supuesto, no pretendo discriminarla! —dijo don Olegario ofendido—. Solo hacerle constar que quizá esté influenciada por los espectaculares resultados obtenidos con su padre y no tiene en cuenta que, hasta llegar a ese punto, la preparación es muy desagradable.

Ni puto caso.

—¿Se ha presentado mucha gente?

—Si decide seguir adelante, tres personas con usted, los otros dos son varones. Y, dada su naturaleza, seguro que la ganan en fortaleza física. —Sonrió disculpándose.

—Cargo a diario con mi madre de la cama al sofá y de ahí al baño. Y vuelta. Son cuarenta y dos kilos a plomo en cada viaje, aparte de bregar con la casa. Dudo que esos hombres me ganen a ejercicio diario. Si mira mi currículum, además de formación médica, yo tengo algo de lo que se-

guramente carecerán: muchas horas a la espalda de peluquería y estética.

Él seguía erre que erre:

—Mientras que en el extranjero hay alguna tanatopractora, en nuestro país ninguna mujer trabaja en esto, y conozco muchos tanatorios. Será por algo, de corazón se lo advierto...

—No estará intentando amedrentarme... ¡Háganos una prueba práctica! La misma para los tres.

—¿Cómo? —Me miró desconcertado.

La indemnización se había ido tapando agujeros y la pensión apenas daba para cubrir nuestros gastos. No podíamos permitirnos ni un extra. Mi sueño era liquidar los créditos y continuar mis estudios y, para ello, debía encontrar un trabajo. Aquel estaba bastante más relacionado con la medicina que el de peluquera o cajera de supermercado, las únicas ofertas que se me habían presentado hasta entonces.

—Una prueba igual para todos los candidatos: arreglar un cadáver y presentarlo.

Intenté mostrarle mi porte más recio, pies firmemente anclados al suelo, brazos en jarras y mentón amenazador. Si me estiraba, era más alta que él. Los rebeldes rizos me asomaban bajo la gorra de cuadros escoceses, a juego con los pantalones y las botas Dr. Martens. Don Olegario me calibró con regocijo y le brillaron los ojos.

—Nunca se me hubiera ocurrido. No es mala idea... Acepto su propuesta, pero no se haga ilusiones. La prueba se celebrará bajo la supervisión de don Abelardo, el titular; él se ocupará de controlarles.

Le di las gracias, dispuesta a aprovechar la oportunidad.

Nos fueron llamando según se iban produciendo los sucesos. Coincidí con uno de mis contrincantes cuando yo entraba y él salía. Me miró con superioridad, riéndose de medio lado. Si lo hizo adrede para achicarme, no lo consiguió. ¡Menuda era yo! Me introdujeron en una sala donde

me indicaron cómo ponerme un equipamiento de astronauta que me quedaba enorme. Con guantes, botas, mono, delantal y mascarilla me sentí empequeñecida, una liliputiense. Cuando les avisé de que ya estaba vestida, me llevaron a una instalación aséptica de paredes blancas y revestimiento lavable, con suelo impermeable e inclinado para que las aguas corrieran al sumidero. Al fondo había un armario frigorífico con cuatro puertas y, en el centro, dos mesas de metal. Sobre una vi un ataúd vacío y en la otra, un cuerpo enfundado. Una vitrina de cristal y un carrito auxiliar, llenos de material, completaban el sobrio escenario. Las superficies relucían bajo la luz de los fluorescentes y un fuerte olor a formol impregnaba el aire.

Hacía frío.

El Doc de *Regreso al futuro* me esperaba en medio de las dos mesas. La película acababa de estrenarse y don Abelardo me recordó a Christopher Lloyd, estirado como una vara, de pelo blanco alborotado y ojos saltones, con el ceño permanentemente fruncido y la bata blanca. Creí ver bailar la risa en sus pupilas y eso me enfureció. ¿Se reía de mí? ¿También este me consideraba incapaz por ser mujer?

¡A buena parte!

Mi madre siempre quiso que yo fuera una tetera; sin embargo, le salí una taza. De pequeña íbamos a misa todas las semanas y fiestas de guardar, como manda el precepto. En una de las habituales confesiones previas, interrogada hábilmente por el cura de la parroquia, le conté que a mí, lo que se dice gustar, me gustaban las niñas. El cabrón, saltándose el secreto de confesión, se lo dijo a mi madre e intentó convencerla de que lo mejor era que me llevara a una terapia de conversión sexual e incluso le comentó la posibilidad de someterme a una lobotomía. Afortunadamente, mi padre impuso la razón y desactivó la amenaza. Sin embargo, ahí quedaron como un poso el miedo, la culpa, la sensación de fracaso que quisieron imbuirme al tratarme como una anomalía en plena adolescencia. Sobreviví al atropello